

Editorial

.....

La llegada del Nuevo Milenio fue campo fértil para generar muchas expectativas; como era de esperar abundaron las profecías milenaristas sobre inmediatas catástrofes, y muchas sectas religiosas, apocalípticas y turbulentas, rayanas en el fanatismo alertaron a sus fieles a prepararse para el casi inmediato juicio final. En otros calderos, los llamados de reflexión para revertir las tendencias perniciosas de la globalización y la injusticia que condena a la pobreza a un cada vez mayor número de seres humanos se hicieron oír en los lujosos y alfombrados recintos de poderosas instituciones que determinan con sus decisiones la suerte de países, regiones y millones de habitantes.

El desarrollo tecnológico es también una meta del nuevo milenio; para bien y para mal este milenio descubre al mundo las inmensas y sorprendentes opciones de vida para las futuras generaciones, en donde casi todo será posible. Desde el trasplante de órganos hasta la clonación, la vivienda supercomputarizada, las bombas inteligentes, la comunicación satelital, la química milagrosa, las vacaciones en la Luna, Venus y posiblemente mas allá de Marte.

Pero nunca, nunca, en este abanico de expectativas la tragedia del World Trade Center y el Pentágono se cruzaron por la mente de los videntes y pronosticadores de catástrofes. La sociedad más segura del mundo se volvía vulnerable, y con ello se rompía el mito de que atrasadas tribus, al otro lado del mundo, eran incapaces de golpear al gigante en su propio corazón.

Estos actos de terrorismo internacional son condenables bajo todo punto de vista, pero sobre todo las acciones de respuesta de la primera potencia del mundo, acompañada de otras del mundo occidental, evidencian que sin lugar a dudas el orden internacional y los valores de coexistencia fueron apabullados por los hechos. Pero estos hechos tampoco son simples, las causas que producen el terrorismo actual contra las grandes y desarrolladas naciones tienen antecedentes que pretenden esconderse en el fondo de las relaciones internacionales mismas. No sabemos que ha pesado más en estos acontecimientos, si el fanatismo religioso de grupos étnicos cuyo pensamiento esta ubicado todavía en el siglo XII, la autodefensa nacionalista radical, o el peso de las potencias que, para mantener su hegemonía se ven forzadas a destruir.

No nos cabe hacer juzgamientos, pero si consideramos que es valdero ofrecer todas las motivaciones y hechos en torno al primer y catastrófico acontecimiento del Nuevo Milenio. La presente Revista parte desde un análisis geográfico e histórico de Afganistán, luego una breve relación de los acontecimientos del 11 de septiembre y un análisis político de la guerra angloamericana contra Afganistán. En otra óptica nos atrevemos finalmente a evaluar cuales podrían ser las posibles repercusiones nacionales como resultado de los daños ocasionados a los Estados Unidos de América y cerramos con un intento de sopesar la situación en nuestro país, dos meses después.

A la fecha la crisis afgana no ha terminado todavía; la sociedad norteamericana tampoco ha encontrado la paz; la incertidumbre es un fantasma permanente que ha rondado los pasillos de la Casa Blanca, el Senado, y los hogares de millones de estadounidenses preocupados por una guerra bacteriológica. Falta el capítulo final: aquí solo hemos intentado escribir el primero.